

Testimonio de hace más de medio siglo

EL HOMENAJE A D. ALFREDO CAZABAN «DON LOPE DE SOSA», VIVERO DE ALTOS ESTUDIOS GIENNENSES

Por Cecilio BARBERAN

EL homenaje que hoy se le rinde a don Alfredo Cazabán tiene un alto testimonio que como ningún otro lo hace merecedor del mismo. Esta fue la publicación de la revista «Don Lope de Sosa», páginas que fueron en verdad para muchos un vivero para el estudio de altos valores giennenses, tanto en el campo del arte como de la historia y las letras.

Cazabán se adelantó con ella a lo largo del primer cuarto del siglo actual a muchas de las publicaciones de este género. Y creó a la vez una generación de estudiosos e investigadores especializados en estos estudios que no han tenido en verdad, por lo que a lo giennense se refiere, superación.

Esta obra tuvo en las páginas de «Don Lope de Sosa» la mejor colaboración y ella fue a lo largo de toda su vida la guía más autorizada que llevó a muchos a conocer y valorar las obras de que trataba. Pero Cazabán no fue sólo un escritor que nos dio a conocer en dichas páginas todo lo hondo y valiosamente entrañable que tenían las obras de que hablaba, sino que fue también un guía a la misma altura para acompañar y mostrarlas a aquellos que las visitaban.

A este respecto, vamos a citar una visita a Ubeda y Baeza, a la que fuimos por él invitados un día de hace ya más de medio siglo, en condición de colaborador de «La Regeneración», que él dirigía. Fue

una mañana de 1918. Cazabán iba a acompañar, por encargo del profesor don Manuel Gómez Moreno, a un grupo de señores, precursores del turismo cultural moderno. El encuentro se verificó a la puerta de la sacra capilla del Salvador, obra que edificó a sus expensas don Francisco de los Cobos, secretario de Carlos V.

¿Qué era lo que destacaba en aquel templo-museo? Cazabán nos mostró primero la serie de tablas de primitivos españoles y foráneos que había en la antesacristía. Pero sus palabras se encendieron para destacar la feliz coincidencia que se daba de que fuese en el altar mayor de la sacra capilla donde figuraran dos obras de escultura de valor excepcional, una de las cuales se debía al genio de la escultura renacentista italiana y la otra al maestro por excelencia de la imaginaria española de aquel tiempo; la primera era un San Juanito, en alabastro, de Miguel Angel, única que existió siempre en España, y la otra una figura monumental del Salvador en el Tabor, obra de Alonso Berruete, el gran imaginero castellano.

Entonces Cazabán vino a destacar lo que suponía el que estas dos grandes figuras juntas, caso que no se daba en templo o museo alguno de España.

No bien salimos de la sacra capilla del Salvador maravillados por cuantas pinturas, esculturas, obras de rejería, orfebrería y ropas para el culto admiramos cuando uno de los visitantes hizo alarde de un cierto humorismo que, aunque inadecuado, vino a aclarar algo muy importante. Esto es el por qué Cervantes, al hablar en el capítulo III de la segunda parte del «Quijote» del gallo que pintó Orbaneja, el pintor de Ubeda, dijo que dicho artista, para que se reconociera como tal ave de corral, puso en el cuadro «esto es un gallo».

¿Era Orbaneja tan mal pintor que se vio en la necesidad de hacerlo? Cazabán salió en defensa de aquél. Orbaneja era, sin duda, un pintor de hodegonos. Y para pintar en dicho cuadro un gallo pintó un botijo figurativo de aquellos de ascendencia romana que se modelaban en los alfares de Ubeda por entonces. Y de ahí que éste fuese, como tal, un tanto ajeno a lo real.

Ahora fueron otras impresiones las que, al visitar el convento de San Miguel, donde murió San Juan de la Cruz, nuestro ilustre guía

nos hizo vivir. Y no fue sólo rememorar cuanto aconteció en dicho convento cuando partió el sublime místico para «cantar maitines en el cielo», sino las secuencias que tuvo su sepultura en dicho convento. Fue esta la descomunal batalla que libró Don Quijote con unos enmascarados cuando se llevaban el cuerpo del Santo a Segovia.

Este capítulo del Quijote nos dijo Cazabán entonces que se lo inspiró a Cervantes el estado de indignación que sintieron todos los vecinos de Baeza cuando, por orden superior, fueron trasladados los restos mortales del excelso poeta a la capital castellana.

A otra de las capitalidades de historia y de arte del Santo Reino a la que hubimos de acompañar también por aquellos días a don Alfredo Cazabán, fue a Baeza. Y no bien nos encontramos en la plaza del Pópulo y ante el arco que se erigió en la misma en honor de Carlos V por su victoria en la batalla de Villalar, quedamos suspensos antes sus palabras. Ahora fue la evocación de cuanto grande acaeció en esta ciudad a lo largo de los siglos lo que el cronista de la provincia nos narró con tanta amplitud como autoridad.

En nuestro recorrido por las calles de Baeza pasamos por una que tiene por nombre Gaspar Becerra, escultor, hijo de dicha ciudad. Cazabán trazó entonces la personalidad del citado artista como discípulo de Miguel Angel. Y juzgó su obra diciendo que lo más alto que había logrado en la misma era el haber conseguido caldear de unción y espiritualidad religiosa cristiana la frialdad que representaba la gran escultura renacentista.

Si grande fue para los más este descubrimiento, no fue menor el que nos produjo el hallarnos, llevados por su mano, ante la casa donde estuvo la imprenta de Juan Bautista Montoya, de la cual salió a la luz pública, el 23 de febrero de 1575, «Examen de ingenios para las ciencias», del doctor Juan de Huarte de San Juan.

Cazabán nos informó entonces de algunas de las incidencias que acontecieron, tales como la actitud que adoptó el impresor, el que no dejó salir un solo ejemplar de la imprenta si antes no se lo pagaban. A tal extremo le llevó el dudar que dicha obra pudiera ser vendida. ¡Era tan complejo y oscuro el texto de la misma para tantos hombres de aquellos días!

Recuerdos como estos, ¡cuántos más pudieramos citar! Ellos fueron también orientaciones de las que se valieron muchos especialistas en investigaciones históricas y artísticas hoy consagrados... Serían, asimismo, con los que les podíamos rendir el homenaje que se merece. Este frecuentemente se lo tributamos al ojear las páginas de «Don Lope de Sosa». Esa revista que creó y que ocupa un puesto de honor en la historia de la cultura de nuestra provincia por cuanto la misma tuvo, reiteramos, de vivero de altos estudios giennenses.